

Francisco Sánchez Abellán: el vecino.

**Manuel Herrero Carcelén,
Educador Social, periodista.**

Muy próximos estaban nuestros domicilios. Francisco vivía en la Calle Mayor, bueno así se le llama a la Carretera Murcia – El Raal, a su paso por esta pedanía. Según el servicio de Estadística del Ayuntamiento de Murcia es la Calle Mayor más larga de todas las pedanías que tiene Murcia.

Pues bien, el domicilio de Francisco Sánchez se encuentra en la margen derecha de la Calle Mayor, próximo al núcleo urbano de Casas Nuevas. Su vivienda, en primera planta, está aislada. Bueno, tiene otras viviendas muy próximas, pero su casa se encontraba toda rodeada de huerta.

A pocos metros, precisamente junto a la barriada de Casas Nuevas o también conocidas como Casas Baratas, que se construyeron allá por los años cincuenta del pasado siglo para dar cobijo a un buen número de vecinos que se habían quedado sin viviendas a causa de una fuerte riada que no sólo afectó a la crecida del río Segura, sino que también y esto fue lo que ocasionó mayores destrozos, el agua bajó impetuosamente desde la Rambla de Santomera llevándose para adelante cuanto encontraba a su paso. Después de esta ramblada se construyó el pantano de Santomera.

Pues aquí, pegado a las Casas Nuevas un camino une la Calle Mayor se adentra hasta otro núcleo de población: El Secano o Raal Viejo, y muy cerca de la Calle Mayor en el camino de la Torre, es donde se encuentra mi vivienda familiar.

Apenas un kilómetro dista una de otra vivienda, si bien ni en el domicilio de Francisco, ni en el de mi familia llegamos a estrechar conversación. Mientras la familia de Francisco vivió en El Raal yo no tuve trato con él. Fue después, viviendo él ya en Murcia, junto al Seminario Menor de San José, o en las iglesias de El Raal, donde echamos algún ratillo de conversación.

Si bien fue a partir de la entrevista que le realicé sobre su vida sacerdotal para la publicación “Vivencias de Fe”, cuando ya establecí relación asidua con Francisco. De vez en cuando iba a su domicilio, me gustaba llevarle una bolsa de limones de mi propia huerta. Él los quería de un tamaño mediano, no muy gruesos pues gustaba gastarlo todo una vez partido, por lo que me recomendaba no se los llevase gruesos, más bien los quería pequeños.

En esos ratos, tras ofrecerle mi presente de la huerta, charlamos tranquilamente. Tenía por costumbre desconectar de todo. Descolgaba el teléfono: “este rato es sólo para nosotros. Lo importante eres tú, nuestra

comunicación. No quiero que se vea interrumpido nuestro encuentro con llamadas telefónicas”, me decía él mientras realizaba la acción de la anulación de la línea telefónica.

Gustaba preguntarme por vecinos de El Raal. Él sabía que yo regularmente viajaba a El Raal. Aunque mi domicilio también estaba por estas épocas en Murcia, al igual que él, pero yo iba con bastante asiduidad a nuestro pueblo. Normalmente me decía los nombres, no solía utilizar los apodos. Sólo cuando veía que me era muy dificultoso reconocer la persona a quien él se refería entonces me decía cual era el mote o “Alias”, por el que era conocido en el pueblo.

Las personas de avanzada edad, las que habían sufrido algún revés en la vida, las que estaban enfermas eran por las que él tenía predilección en saber cuál era su situación. Sobre todo su situación física y anímica. Las personas próximas a la iglesia parroquial, aquellas que vivían entre su vivienda y la parroquia eran por quienes más me solía preguntar.

También por quienes ejercían algún cargo público o eran conocidos por presidir algunas asociaciones del pueblo, por las personas que por su hacer eran conocidas socialmente.

Nunca me refirió un comentario negativo, todo lo contrario, siempre fue para alabar la acción que venían haciendo nuestros vecinos, o para saber si había llegado a buen puerto algún programa de actividades que él sabía habían emprendido. Se preocupó en definitiva por el desarrollo del pueblo a través de sus vecinos, de sus gentes.

La salud de los demás también era su preocupación. Si había llevado alguien algún accidente, si sabía que había pasado una etapa difícil por una enfermedad sobrevenida. Por estos me preguntaba, quería saber su estado de salud.

Me llamaba la atención el buen sabor de boca –digámosle así-, que siempre me dejaba nuestros diálogos sobre los vecinos. Pues nunca trataban de fijar la atención en aspectos negativos, en sacar a luz actuaciones que habían desarrollado y que no habían gustado a otros vecinos del pueblo, en críticas; incluso, repito, hasta el trato o el nombre con el que traía a conversación los vecinos eran con su nombre propio, huía de los apelativos, máxime si estos eran malsonantes o de mal gusto. Siempre buscaba lo positivo, lo agradable, ese punto afectuoso que une a las personas que comparten un mismo territorio. Era el vecino.

Murcia, Septiembre de 2010.